

¡JAGI-JAGI!

¡Escuchad! ¿No oís? Es el irintzi valiente que encerrado durante muchos días, sale del pecho vasco, con empuje, con brío arrebatador, estremeciendo con sus notas las fibras de los que aún tienen un corazón vasco verdaderamente noble.

Es el «Jagi jagi» aliento del nacionalismo vasco, que sale a dar luz, calor y vida a todos los hombres de buena voluntad.

¡Acojedle con amor, con cariño! que él os corresponderá encendiendo en vuestros pechos, avivando mejor dicho, ese fuego sagrado que agoniza al contacto del agua fría de la conveniencia.

卐 卐 卐

Evoquemos recuerdos...

Días de emoción, las cárceles repletas de atritos, centros clausurados, multas, apaleamientos. El ambiente arde de emoción, de indignación, por las injusticias. Cada uno quisiera ser juez y verdugo, y al mismo tiempo víctima que se ofrece en aras del ideal. Todos os pechos laten con una ilusión y cada una de ella encierra a un héroe, ¿quién inyecta ese fuego que abrasa, que enardece? ¡Jagi jagi! Un semanario insignificante, en apariencia, pero gigante por las doctrinas que difunde.

«Jagi jagi» suena en la calle y parece que hasta el pavimento tiembla. ¡Jagi jagi! y las cárceles se llenan de víctimas. ¡Jagi jagi! y la policía se vuelve loca. ¡Jagi jagi! y las mujeres son apaleadas. ¡Jagi jagi! y un montón de hombres juran morir de hambre por Euzkadi. ¡Jagi jagi! ¡Bendito seas! que con tu calor encendiste esas hogueras que hoy todavía subsisten y dieron al nacionalismo ese vigor, ese poder, hermoso y arrebatador. No inculcando ambiciones ni recomendando habilidades calculadas, sino predicando, sacrificio, amor y renunciación...

¡Jagi jagi! enmudece. El ambiente se calma. Ya pueden algunos respirar tranquilos. No pelagra su hacienda, ni sus vidas; pero el nacionalismo cambia también de color; ya no es el torrente que arrastra con la fuerza de su sacrificio a los corazones idealistas; ya no es la fuerza misteriosa que pone sonrisas en los labios de los que sufren, ni valor en la mirada de los moribundos; ni resignación en las madres que pierden a los seres queridos... Es un remanso que tranquilamente se desencana, de la cuenca pedregosa que él señaló para deslizarse como un suave murmullo hacia... ¿quién sabe donde? Pero sin peligro de que con ese desbordamiento inunde los dorados sembrados de las orillas. ¡Oh nacionalismo, que agachaste la cabeza y adulaste al opresor! ¡Quiérase Dios que una mano vigorosa ponga sendas e irrompibles diques a tu camino y te encauce hacia tu verdadero lecho madre, donde Sabino te emplazó.

«Jagi jagi» vuelve a sonar en las calles de la patria, y a tu grito de alerta ¡arriba los corazones! Si antes se levantó contra el opresor, sin cobardías para decir la verdad a la cara, ahora de nuevo dispuesto a arrostrar peligros, a defender lo justo, a sublevarse contra la tiranía. No con palabrería hueca, ¡que de palabras hartos estamos! sino con hechos empapados en heroísmo para crear conciencia nacional, para crear un pueblo libre, gobernado, no por extraños; no por propios que tengan un concepto español de la vida, sino por el pueblo formado y preparado, como antes fué y como tiene que ser para cumplir su cometido.

Polixene.

PARA TI...

JAGI-JAGI que vuelves a nuestras manos. Y es grande nuestra alegría al poder comunicarnos con tantos miles que ansiosos aguardaban tu vuelta; porque sabían que no has muerto, que no puede morir el valiente luchador, que, desafiando a las más temibles crestas, se lanza a la calle hoy lo mismo que ayer. Y que viene lleno de recuerdos con una historia limpia, y caminando de frente siempre, hacia el único fin que ha de resurgir pronto en Euzkadi. ¡Hacia la libertad de nuestra Patria, por su propio derecho!

Tú serás, JAGI-JAGI, el que enarbolando nuestra bandera tricolor y seguido de nuestras juventudes, lanzará por los más recónditos lugares de la Patria, el santizo vivificador que las emakumes llevan dentro de su ser por esta Euzkadi, que es la Patria de los vascos, porque libre nació y libre ha de vivir.

MIREN TERESE

¡Arriba la frente trabajador vasco!

—Escucha, obrero vasco:

La defensa y felicidad de tu familia, de tu hogar, de tu patria, está en tí mismo. No fíes en quien te oprime y humilla.

Si el burgués te ayuda, piensa que será por su propia conveniencia más que por la tuya. Acaso para tomarte de coraza protectora de sus intereses contra las demandas de otros obreros a los que temerá porque sabe que le exigirán más que tú.

No vendas tu libertad ni traiciones a los tuyos.

No hay estigma más degradante que comer la sopa boba que, como a mansos corderos, nos echa el enemigo de nuestros derechos de trabajadores, para tenernos dóciles y sumisos.

¡Haz la prueba! Ante un conflicto en el que defiendas tu pedazo de pan, que necesitas para alimentar a tus hijos; y el oro que avaricia él para amontonarlo en sus arcas y hacerlo producir, verás que a él le importa poco tu pan miserable.

¡Trabajador vasco!

Tu lucha para reivindicar tus derechos debe ser digna de tí.

¡Líbrate de tuteladas enemigas de tus aspiraciones!

—¿Que no son enemigos de ellas, dices?... Entonces ¿a qué esperan para darte lo que les está mandado y es posible; y para reconocerte esos derechos ordenándolo todo hacia su realización? Lo que quieren, con sus buenas palabras, es encubrir su egoísmo y amarrar tus brazos invocando encíclicas que ¡tú eres el único que las cumple.

—¡Pero si precisamente tratan ahora, con su acción y sus nuevos organismos social-cristianos, de cumplir esas encíclicas!...

—Para cumplirlas el capitalista, el burgués, el patrono, no necesita ponerse al frente del movimiento obrero y orientarle en un camino... ¡que ya tiene recorrido el trabajador! Es a él, al «burgués» a quien le toca demostrar, con obras sólidas y permanentes, que está dispuesto a realizar aquellos mandatos papales... ¡Pues que lo demuestre!

—Pero las cosas necesitan tiempo.

—¿Tiempo? ¿No bastan dos mil años de prédica del cristianismo? ¿No son suficientes más de cuarenta años que han pasado desde que el Papa dictó aquellas encíclicas? Y dime: ¿Cuánto tiempo ha necesitado el obrero para ser... OBRERO, y malvivir de su esfuerzo y morir del abandono de esos que ahora se preocupan, de palabra, de este problema pavoroso?

—¡Ya irán resolviéndolo poco a poco!

—¡Sí, hombre, sí! Tú mismo puedes comprobarlo. ¡Mira! Aquí tienes esta circular. Pide dinero—mil pesetas o un duro—¿sabes para qué?... «Para recordar a los obreros en una labor catequista sus obligaciones y deberes religiosos sociales. Y ¿sabes quienes firman la circular? ¡Asómbtrate!...; cuarenta ricachones con mas millones que lo que pesamos nosotros. Ellos no tienen obligaciones morales ni materiales que recordar y cumplir. A los que hay que recordárselo, para que no se desmanden, acuciados por el egoísmo provocador y criminal del burgués, es a los pobres obreros...

—¡Eso es vergonzoso!...

—Mira ese otro caso de actualidad: el problema que se plantea en la Dinamita—donde orienta el problema social el P. Chalraud—con motivo del proyecto de bases de trabajo presentado por los obreros.

—Es verdad; pero...

—¡No hay pero que valga! Cientos de miles de trabajadores—vosotros mismos, los solidarios—han llenado los requisitos que en esas encíclicas se señalan. Nada tenéis que dar. Más aún; mucho tenéis que pedir. ¿Y ellos? ¿Cuántos son los patronos, los burgueses, los capitalistas que, ante un conflicto social entre el trabajo y el capital, ante una situación desesperada, ante la miseria y el hambre, son capaces de obrar en JUSTICIA SOCIAL-CRISTIANA, y de partir su capa en dos, dar la mitad a los pobres, y seguir la doctrina, cuyo cumplimiento a vosotros que la cumplís os recuerdan con preocupación?

—¡Es verdad!

—Verdad que no debéis olvidarla jamás. Y cuando tú, pobre obrero, veas que el rico se pone al frente como orientador de tus demandas; cuando veas que él paga su cuota, de redención—como cristianos de cuota queson—para que te organices, cuando veas que él, o quien a su servicio está, te adula con palabras blandas, y promete y paga y sonríe... si no has perdido la vergüenza, ¡sé fuerte!... y ¡tiembla! como señal de tu misma fortaleza. Porque, lo más probable es que algún peligro te acecha. Vas a ser escabel de sus ambiciones.

Y ténlo siempre presente:—más vale y más aliento da, para la lucha, la moneda de cobre, sucia de cardenillo, que aportes tú, desgarrando tu misma hambre, para tu defensa y la de los tuyos—como prueba de fraternidad solidaria—que aquel millar de pesetas que irmando un cheque te entrega, sin esfuerzo, contra recibo—para recordartelo—tu mismo verdugo.

Como hombre, te debes a tu fé. Sé cristiano; varonilmente cristiano; que ennoblece al hombre seguir la voz justa de un obrero como fué Cristo. Lucha, como hombre, por la restauración de la vida en ese espíritu de amor y de humanidad.

Como vasco, te debes a Euzkadi.

Sé patriota, honradamente patriota; que nada puede enorgullecerte más que sentir el impulso afectivo de la sangre y comprender, como alta prueba de cultura y de civilización que, precisamente por ser vasco, tienes la misión de restaurar también nuestra nacionalidad, defendiendo sus derechos, su libertad. Mas, para ello, lucha organizado con los tuyos, los trabajadores.

Porque, como trabajador, te debes también a tu clase. Siente en tu corazón la alegría de esta solidaridad del trabajador basada en la fraternidad vasca. Animate con el optimismo que crea esta satisfacción íntima de sentirse fuerte en la pobreza, y capaz de todas las acometidas; porque esa fortaleza tiene su raíz en el sacrificio, en tus luchas penosas, en tu dolor y en el dolor de los tuyos.

Oyeme, trabajador vasco:

La defensa de tu familia, de tu hogar, de tu patria, está en tí mismo.

Al empuñar la azada, la lima, o el remo... ¡levanta tu cabeza con dignidad!; yérguete orgulloso, sin desplantes pero con decisión, y trabaja animoso y lleno de fé, dispuesto a la lucha encarnizada que, en defensa de aquellos limpios valores, se ha de presentar ante tí, como oportunidad emocionante y reivindicatoria de tanta opresión, de tanta falsedad, de tanta vergüenza, de tanto sufrimiento, de tanto dolor.

¡Arriba la frente, trabajador vasco!

ANTE LA PREVIA CENSURA

Debió salir este número la pasada semana en conmemoración de la gloriosa batalla de Mungia y del aniversario de la heroica proclamación de la República de Irlanda.

Y al efecto, se dispuso el original para ese día, en la seguridad de que podría seguirse irando el semanario en la imprenta del diario ABERI como vino siéndolo en la etapa anterior.

Nuestro error y nuestra sorpresa han sido tales, que aún no salimos de nuestro asombro.

Para que pueda salir nuestro semanario nacionalista Jagi jagi—órgano de la Federación de Mendigoxales—que contribuyó como ninguno a levantar el espíritu y a afianzar el concepto nacionalista, se nos impone como condición, el que todos los originales pasen por la previa censura del Bizkai.

Por esa previa censura contra la que hemos protestado todos cuando ha sido aplicada por el invasor.

¿Que temen? ¿Que Jagi jagi realice una obra heterodoxa? Nada autoriza a pensar así; y si lo hiciera ¿no está ahí la autoridad competente para hacer notar el extravío e imponer la consiguiente sanción?

¿A qué imponer, pues, una medida tan falta de espíritu democrático; tan atentatoria a esa autonomía individual que Pio XI defiende frente al Estado, que estos mismos días presenta «Euzkadi» como ejemplo de filosofía política cristiana?

¿No se está enseñando teóricamente en los cursillos de acción social cristiana—ya ven que no invocamos la Revolución Francesa ni a los pensadores de izquierda—como tendencia socializante la intervención del Estado en toda obra que mata esa iniciativa particular que la misma Iglesia defiende? Entonces ¿porqué se pide la previa censura?

¿Cómo medio de crear un ambiente favorable para que cuajen proposiciones pacificadoras y de jubileos?

No comprendemos.

La previa censura a organismos autónomos cuando tratan de realizar una obra esencialmente nacionalista y ortodoxa como es la publicación del semanario Jagi-Jagi, es una ofensa al mismo sentido nacionalista.

Acaso la imponen para que no se ataque al Partido. ¿Y quien lo pretende?

¿O es que ni siquiera cabe examinar hechos, interpretándolos con un criterio discrepante y desde luego esencialmente nacionalista en la tesis, en su propósito y en la intención?

Ahí tenemos a la vista un caso.

En la prensa española se han expuesto, criticado y aplaudido, con diversas concepciones los actos del gobierno español y hasta los del mismo presidente de la República.

¿Cómo hubieran calificado todos a ese régimen democrático si hubieran impedido a la Prensa considerar desde su punto de vista el hecho, y hubieran exigido la previa censura por los mismos que tenían ser discutidos?

Pues aquí nadie ha pretendido siquiera atacar al Gobierno—las autoridades del Partido—ni mucho menos a un símbolo más alto, semejante al Presidente de la República española.

Lo que hacemos es atacar la obra imperialista del dominador; y procurar llevar por caminos de perfección una doctrina como la nacionalista, bien necesitada de asistencia.

Porque el considerar por ejemplo el caso de la ocupación de Ifni y protestar contra ella, y señalar el silencio de los diputados nacionalistas catalanes y vascos en el debate, intervinando, como intervinieron en otros debates—no es atacar al Partido. Es una obligación ineludible que tiene, además, la virtud de salvar la concepción nacionalista, para que nadie crea que, ante la iniquidad, pasa el nacionalismo con indiferencia, como si no rozara el hecho sus dogmas nacionales.

En todos los pueblos—salvo en las dictaduras—hay libertad de prensa; ella contribuye a crear un más agudo sentido de responsabilidad—en la proyección y en la ejecución de los problemas—y a hacer al pueblo mismo partícipe de ellos a través de sus denuncias y criterios.

La previa censura es una medida reprobable, que contribuye, además, como un anestésico, a insensibilizar al pueblo, apagando todo destello de luz y toda iniciativa, creando hombres y pueblos medrosos y apoltonados.

Es muy sensible esto.

Máxime cuando no hay previa censura para los periódicos españoles que como LA TARDE y EXCELSIUS hoy, se editan en los talleres del Partido.